

Bert Daelemans

A ORILLAS DEL YUKÓN

ENCUENTROS EN ALASKA

FRAGMENTA EDITORIAL

*En memoria del gran Moses († 2017),
de la pequeña Sandy († 2018)
y del magistral Charlie († 2019).*

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 66

Primera edición MARZO DEL 2020

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción gráfica IRIS PARRA JOUNOU
Diseño de la cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2020 BERT DAELEMANS
por el texto

© 2020 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 3878-2020
ISBN 978-84-17796-32-7

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

Feliz el río que pasando queda.
JORGE GUILLÉN

*Para MaryAnn, Norby, Mathew
y sus encantadoras familias,
con profunda gratitud.*

ÍNDICE

<i>Prólogo.</i> Javier Melloni	9
Cuatro meses entre los yu'pik	13
Treinta días de Ejercicios	15
Treinta variaciones sobre un tema	20
Me llaman	25
1 Bethel	31
2 Esperar	37
3 Aquí estoy	43
4 Sin equipaje	47
5 El juego	51
6 Epifanía	57
7 El sol	61
8 Simon	65
9 El zorro	73
10 Contemplo	79
11 El pan	85
12 Norlita	89
13 MaryAnn	93

14	En casa	97
15	Llaman	101
16	El río	105
17	Sandy	109
18	Thomas	111
19	Cazar alces	117
20	El abrazo	125
21	Alex	133
22	<i>Ii-i</i>	137
23	La fiesta	139
24	Estoy perdido	147
25	El torneo	153
26	Mathew	157
27	Las aves	163
28	Sarah	169
29	Mis amigos	173
30	Moses	177
	Me llaman	181
	Silencio	185

PRÓLOGO

Javier Melloni

ESTAMOS ANTE UN TEXTO BLANCO como la nieve que rodeó y envolvió al autor durante los meses en los que se inscribe este relato. Desde la primera página somos trasladados a un paisaje que no es solo exterior, sino también interior. Cada episodio nos va adentrando en un territorio desconocido y, sin embargo, extrañamente familiar. Narrando una estancia entre esquimales en paisajes sitiados por el frío hostil de Alaska, nos encontramos en un entorno sorprendentemente cálido. Esta modificación de temperaturas se debe al modo como es vivido y transmitido por su autor, el cual consigue que el lector lo acompañe al mismo lugar en el que él se fue adentrando.

Hay lugares en los que solo se puede entrar si uno es recibido. En verdad, esto sucede con todos los lugares del mundo, porque un lugar no es un sitio, sino un espacio habitado, no profanado o invadido. Tal vez este sea el punto clave del relato. El autor es un joven sacerdote jesuita enviado en pleno invierno a una parroquia entre el pueblo yup'ik. Su confesión católica

y su procedencia occidental (belgo-flamenca) pudieran haber distorsionado a esa población, aunque esos pueblos ya habían sido cristianizados primero por la Iglesia ortodoxa en el siglo XVIII y después por religiosas católicas a finales del siglo XIX. Más tarde estuvo el padre Llorente, que se hizo célebre por sus relatos misioneros en Alaska. Hoy tal vez nos sentiríamos incómodos ante aquellas crónicas, por excesivamente eurocéntricas. No es el caso de las páginas que tenemos entre manos. Precisamente uno de los mayores valores de esta narración es el respeto con que el autor se adentra en esa sacralidad blanca.

Su estancia se convierte en un viaje iniciático. El que salió de Alaska cuatro meses después no era la misma persona que llegó. En treinta breves capítulos recorre los trazos de una sutil transformación.

El proceso comienza con un bautismo de cuatro días de espera en un pequeño y desolador aeródromo en una población donde había hecho escala su aeroplano. Poco después, en sus primeros paseos por la nieve, fue recibido por un zorro. Fue el animal quien lo domesticó. También fue siendo domesticado por la población, haciéndolo partícipe de sus pescas y de una caza de alce. Poco a poco fue entrelazando su vida con las suyas. De tal modo habla de los yup'ik y de sí mismo, que a veces no se sabe si se está refiriendo a ellos o a él mismo. En verdad, habla de sí mismo a través de

ellos. Tal es el prodigio del verdadero encuentro con el otro: nos ayuda a descubrirnos a nosotros mismos, al mismo tiempo que descubrimos al otro y que el otro se descubre a sí mismo en su contacto con nosotros.

Por ello el relato contiene *flashes* del pasado, como una imagen premonitoria de un valle nevado que tuvo años antes durante el noviciado, o recuerdos de su oración ante la intimidad de la llama del tabernáculo, o el abrazo repentino de un adolescente haciéndole sentirse padre. Todo ello entretreído con la crónica de su servicio a esa población, celebrando la misa diaria casi a solas o asistiendo varias veces a moribundos o difuntos en sus casas, siendo así recibido en el hogar de los esquimales. De este modo brotan reflexiones como: «Cuando un niño nace, llora y todos alrededor están contentos. Ahora es justo al revés: todos alrededor nos sentimos abatidos por la vida que se apaga gradualmente y él ya está en el umbral acogiendo a los suyos.»

Es particularmente significativo el diálogo que tiene con un joven yup'ik sobre el sentido de la presencia del cristianismo allí. El joven le dice que los cristianos les han traído el vocabulario para entender mejor a Dios (Agayun), pero que a Dios no lo han traído, porque ya estaba con ellos. El autor asiente. Si así hubiera sido en el pasado el encuentro entre culturas y religiones, tendríamos un paisaje intercultural e interreligioso muy distinto. Tal vez todavía estemos a

tiempo de que se produzcan estos encuentros, donde se da la hospitalidad sagrada porque el huésped sabe entrar descalzo en una tierra que no es la suya. Esto es lo que sucedió en un rincón de Alaska durante estos meses: el pueblo yup'ik pudo acoger a quien se había descalzado al llegar y se había calzado con piel de foca para pisar de forma sagrada la blancura de aquel lugar.

Que este libro aparezca en esta editorial no es casual. Toda editorial tiene la vocación de dejar la palabra a sus autores. No solo para que dialoguen con sus lectores, sino incluso para que los autores dialoguen entre ellos. Recientemente esta casa ha publicado una obra que tiene por título *Incapaces de Dios*. Pues bien, estas páginas están escritas explícitamente con la convicción de que el ser humano «está capacitado de Dios». El desierto blanco está habitado, como habitado está el autor.

Cuando leí esta obra por primera vez, he de decir que me sentí conmocionado de pertenecer al mismo cuerpo de compañeros de quien la ha escrito. Me sucede cada vez que la releo. Estas páginas enseñan a mirar y caminar por el mundo de forma sagrada. Despiertan la capacidad de reconocer la verdad, la belleza y la bondad que se ocultan en cualquier rincón de nuestra tierra.

CUATRO MESES ENTRE LOS YUP'IK

ENTRE EL 2 DE ENERO Y el 2 de mayo del 2017, de lo más navideño a lo más pascual, viví cuatro meses inolvidables entre los esquimales yup'ik en Alaska. Literalmente, yup'ik significa 'gente real' o 'gente de verdad'. Me introdujeron en su realidad y en su verdad, que es la que compartimos todos. Fue un tiempo de iniciación, al compás de la primavera que lenta pero decididamente pisaba esas tierras lejanas. Fue un tiempo mistagógico, que lenta pero decididamente abría mi corazón al insondable misterio de lo que es vivir, sencillamente.

Fue un tiempo litúrgico, de bailes, banquetes y ritos familiares, que lenta pero decididamente ceden el paso a un consumismo superficial con más poder de seducción que los viejos valores de los ancianos. Ellos habían construido sus casas, sus familias, sus pueblos y su pueblo sobre las bases sólidas tanto de su cultura ancestral como del cristianismo que había pisado esta «última frontera», según se suele designar a aquel estado estadounidense.

A finales del siglo XVIII llegaron los rusos ortodoxos. Hoy, sigue habiendo una pequeña comunidad ortodoxa floreciente en Mountain Village. El día que llegué, celebré con ellos su Navidad en su pintoresca iglesia. Pocos días después, tuvimos en nuestra iglesia el funeral ortodoxo del padre de la familia que pronto me acogería como uno de los suyos y me introduciría en los modos de vida yup'ik.

En 1872 llegaron los primeros católicos en la figura de ursulinas y jesuitas que convocaron a los jóvenes al internado de St. Mary's a orillas del Andreafski, hasta que llegaron leyes que dividieron y multiplicaron las escuelas. Los antiguos alumnos y ahora ancianos, los pocos que quedan, supieron mantener juntos los dos pilares de su cultura —la tradicional yup'ik y la cristiana— en una sana sinergia que ahora se derrite, amenazada por el fantasma de una globalización que aplasta y nivela, arrastrando a muchos jóvenes a una aterradora espiral de alcohol, de drogas, de desesperación, de suicidio y de vacío.

El padre Segundo Llorente (1906-1989) ha sido el primer y hasta hoy el único misionero jesuita español en Alaska, inspirando e inflamando con sus historias muchos corazones en su país natal. Hoy hay tres diócesis católicas en Alaska, siendo la más

grande y la más pobre la de Fairbanks a la cual fui enviado.

Pasé mis días entre dos poblados, Mountain Village y St. Mary's, muy distintos en su aparente similitud. Me acogieron como a uno de los suyos, por lo cual les estaré eternamente agradecido. Escribo ahora en homenaje y agradecimiento por lo que siguen significando para mí. Me abrieron sus puertas, sus casas, sus vidas, sus familias, sus brazos y su corazón. Me enseñaron cómo sobrevivir en un clima inhóspito. Me enseñaron a pescar, a cazar gansos y alces, a esperar, a escuchar, a hacer duelo. Me enseñaron, sobre todo, qué es la fidelidad.

Con los yup'ik pesqué, hice amigos y encontré a Dios. Para mí fue una extensa «Contemplación para alcanzar amor», a la cual san Ignacio de Loyola invita al final de sus *Ejercicios espirituales*. En el marco de lo que los jesuitas llamamos «tercera probación», fui enviado por mi superior, el padre Charlie Moutenot s. J. (†), y a través de él, por la «mínima Compañía» de Jesús a la cual pertenezco, y a través de este particular «camino hacia Dios», por Dios mismo. Pero no antes de haber pasado por el mes de Ejercicios.